



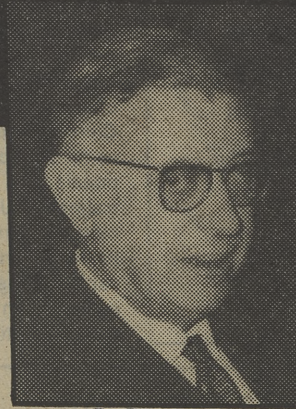
Coordina:
Eduardo G. RICO

Con la muerte
de
Raymond Aron

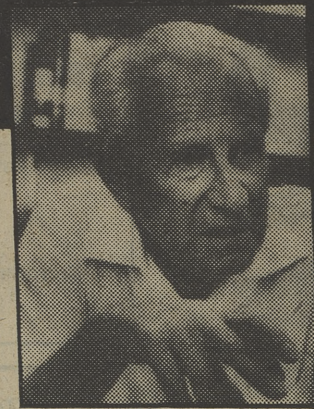
Se terminó



Camus



Sartre



Marcuse

«La banda de los cuatro»

A raíz de la publicación de sus «Memorias», Raymond Aron pasó de ser un intelectual y analista lúcido, respetado por todos, a convertirse en un autor capaz de emocionar al público francés. Con la muerte de Aron se terminó la banda de los cuatro: Camus, Merleau-Ponty, Sartre y él mismo. La lista sería ampliable con Barthes, Foucault, Marcuse, Lacan, Deleuze, Althusser... Todos ellos lograron su liderazgo cultural en las décadas de los cincuenta y sesenta. A Aron le llegaría su momento muy próximo a esta muerte —no absurda como la de Camus, ni decrepita como la de Sartre— en el año 1981, a través de unas entrevistas en televisión —más tarde editadas con el título de «El espectador comprometido»— que lograron revelarlo al gran público.

Aron fue un liberal que guardó celosamente su independencia, haciendo realidad el agujero ontológico sartriano a partir de una concepción ética de la libertad interior. El antiguo servidor gaullista —fundador de France Libre y director del despacho del ministro de Cultura Malraux en el primer Gobierno de la posguerra— sacó a la luz en 1957 —cercano a la obra «Problemas de nuestra época», de Camus— un panfleto llamado «La tragedia argelina», en el que explica que «la independencia de Argelia es ineluctable y la guerra inútil». El colaborador de «Tiempos modernos», junto al propio Camus y Merleau-Ponty, no dudó en romper dolorosamente, al comienzo de los años cincuenta, después de haber analizado en unos artículos de la revista «Preuves» los «destrozos de la ideología marxista». Se inició entonces su desmarque con la izquierda y el marxismo, publicando en sucesivos años «El opio de los intelectuales», «Ensayos sobre el marxismo imaginario» (considerado un ataque al estructuralismo marxista de Althusser), «Democracia y totalitarismo», «La filosofía crítica de la historia».

● Aron y Sartre formaron parte de la misma promoción de la Escuela Normal Superior de Ulm, de la que también procedían Paul Nizan y Daniel Lagache.

Hasta el momento de la ruptura las relaciones tuvieron un carácter íntimo y cordial. A la vuelta de Alemania en 1934 —donde había asistido al ascenso del nacional-socialismo—, aconseja a Sartre el contacto con la filosofía alemana reemplazándole en su puesto de profesor del Instituto de El Havre.

Simone de Beauvoir testimonia en «La plenitud de la vida» el acercamiento existente entre los dos intelectuales: el futuro autor de «Clausewitz» aparece como sargento instructor enseñando a Sartre el manejo del anemómetro.

En cuanto a las prolongadas discusiones filosóficas que solían mantener, Sartre reconoce en los «Carnets» la categoría del interlocutor Aron: «Prefiero hablar con una mujer de las más pequeñas cosas que de filosofía con Aron.»

● La revuelta universitaria de mayo de 1968 marcó el grado de máximo distanciamiento. A través de los artículos de «Figaro» y de un libro publicado poco después («La revolución inencontrable»), Aron —siempre desde la posición de profesor universitario que entonces era— se opone a los acontecimientos. Sartre tilda a Aron de «indigno de enseñar», y el amargor de éste es el que responde: «Es el hombre o el filósofo el que se expresa con tal agresividad verbal, tal negación de compren-

der al otro en su alteridad, de reconocer la buena voluntad posible de sus adversarios.» Y prosigue, refiriéndose a la merológica que escribió Sartre a la muerte de Merleau-Ponty: «Si hubiera tenido la suerte de morir antes que él, puede ser que este animal de Sartre se hubiese dejado llevar por un elogio conmovedor o me habría dado la razón en lo esencial.»

● En absoluto, el suceso de mayo debe ser considerado como un enfrentamiento personal. En el fondo del

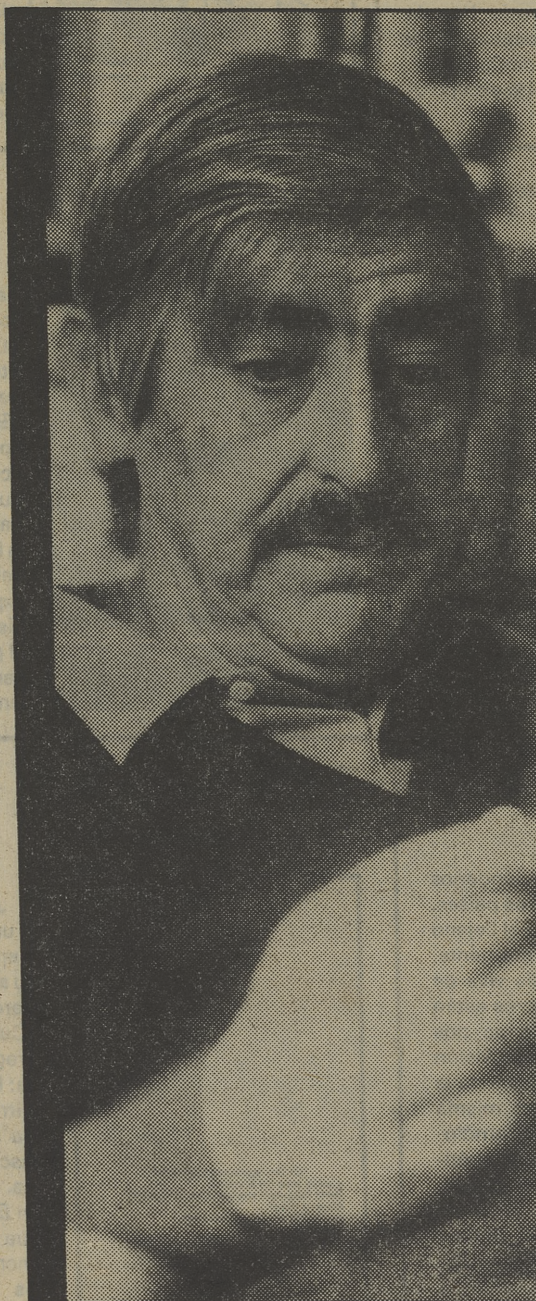
problema se hallan dos direcciones distintas de la filosofía de la Historia. Aron es la «razón analítica», y Sartre, la «razón dialéctica». Para Aron, la toma de la Bastilla es un acontecimiento menor —recordemos que Régis Debray definió mayo del 68 como la revolución burguesa del siglo XX—, mientras que para Sartre es el comienzo de una nueva era. Lo que critica Aron de Sartre es la reconstrucción del mito de la Revolución francesa; el papel de la «poesía del grupo» y la furia destructora que tan sólo puede crear formas antiguas de organización, sacralizando el sentido de la Historia. En ello, Aron no hacía más que afirmar la coherencia iniciada en uno de sus primeros libros, «Introducción a la filosofía de la Historia», escrito en 1938: «... el universo histórico comporta un principio de coherencia, y la filosofía corre un grave peligro al pretender sistematizarlo.»

A pesar de todo, no es difícil adivinar que ambos se profesaban una admiración mutua. Los alumnos del profesor de la Sorbona conocen la dedicación que ponía en la explicación de la «Crítica de la razón dialéctica», obra sartriana a la que dedicaría un estudio en 1973, «Historia y dialéctica de la violencia». Poco antes de las marchas sobre el Elíseo en apoyo de la causa de los refugiados vietnamitas, organizadas por Glucksman, donde se volvieron a reencontrar, Aron tuvo el detalle de editar un poema inédito de Sartre, compuesto en la época de la Escuela Normal, en la revista «Comentaire».

● En sus «Memorias», de reciente aparición, Raymond Aron ha trazado el reencuentro: «Cuando yo apreté la mano de Jean-Paul Sartre le dije: 'Buenos días, mi pequeño camarada.' Era una forma de borrar treinta años.»

Juan C. VIDAL

«En «Herrumbrosas lanzas» hay muchos libros»



Juan Benet y su guerra civil

CARMEN ARAGON

Juan Benet, este hombre alto, delgado, de pelo negro-blanco abundante, eternamente caído sobre la frente, más fotogénico en la realidad que en las propias fotos, es el autor de unas «Herrumbrosas lanzas» que han dado que hablar más en cuatro días (y lo que se hablará aún) que toda su obra de años. Los unos porque hubieran preferido que se mantuviera parte del enigma que sobre Región (el escenario donde Benet desarrolla su guerra civil) existía en libros anteriores. Los otros —críticos de solapa, que los hay— porque hablan de Benet como si él y sus lanzas hubieran llegado de la nada hace apenas una semana. Y entre todos, él ha visto desfilar en un par de días por su casa a un buen número de periodistas, no sin cierta sorpresa, hecho que no sabe muy bien si achacar a que el libro gusta a quien lo ha leído o a un buen lanzamiento de su editorial.

Un mapa profesional
y divertido

Me apresuro a adelantar que nunca hago crítica de libros (ni de ninguna otra actividad), y es práctica que guardo para mi concierto doméstico, sin que trascienda a más de cuatro amigos. En esta ocasión, sin embargo, me veo forzada a dar algún parecer personal si quiero saber algo de Benet autor —que Benet parsona parece guardarse para su círculo de amistades—. Y una de las cosas que más me llaman la atención de «Herrumbrosas lanzas» es el mapa, hasta el punto que me parece el VII libro de este

primer tomo, por más que Benet lo haya dividido ordenadamente en VI.

—Me sorprende la cantidad de nombres que hay en él. ¿De dónde han salido?

—Unos son reales y otros no. Hay incluso nombres de amigos y familiares. Otros son de lugares auténticos que han tenido o tienen que ver algo conmigo. Un número de ellos son imaginarios, y el resto proceden de mis obras y novelas anteriores.

—Me lo imagino a usted sobre el mapa bastante divertido.

—Ha sido un trabajo difícil. He tenido que hacer bastantes ensayos y borradores. En mi carrera se es-

tudiaba algo de cartografía, pero un levantamiento imaginario es muy complicado, en realidad no sabía ni por dónde empezar, hasta que decidí hacerlo por el lugar más lógico, que son las líneas del agua que dan los ejes de toda la topografía.

—¿En qué momento decide levantar el mapa?

—Era un complemento necesario para la parte en que se desarrollan los combates. Me di cuenta de que yo mismo me perdía; sin el mapa de la narración no era consecuente. Fui construyendo el mapa simultáneamente a la narración.

Un libro abierto

A medida que he ido leyendo «Herrumbrosas lanzas», iba teniendo la impresión de que aquí dentro hay un montón de libros posibles. Por poner un ejemplo; cuando comienza a describir a Constantino y sus circunstancias familiares, la narración podría haber seguido y seguido por ahí hasta ser un libro totalmente distinto al que ahora es.

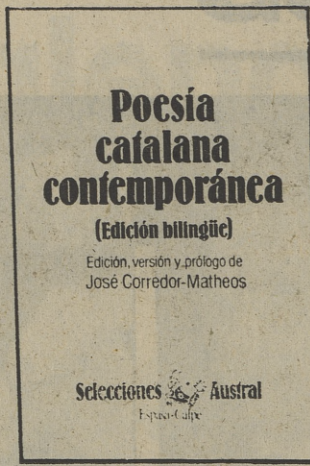
—¿En qué momento decide interrumpir la narración y pasar a describir a otro personaje?

(Pasa a la 4.ª página)

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Desde la Renaixença

«Poesía catalana contemporánea», edición de José Corredor Matheos, Espasa-Calpe.



El autor de la traducción —la selección es bilingüe— del catalán al castellano de los poemas aquí recogidos reconoce que la traducción de la poesía, más aún que cualquier otra, conoce problemas insolubles, lo cual constituye uno de sus principales atractivos y es motivo de desdicha, que sólo puede verse mitigada en parte. Ciertamente, nunca el traductor es tan «traidor», según el dicho italiano, como en la versión de la poesía. Sin embargo, hay que reconocer que el trabajo de José Corredor Matheos, en la traducción de una selección que abarca desde la llamada Renaixença hasta nuestros días, es impecable desde todos los puntos de vista y, en especial, en la fidelidad de los valores estrictamente poéticos de la forma original.

Novela y realidad

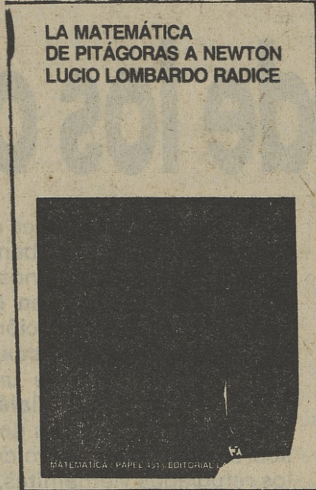
«Las alas del Águila», de Ken Follet; Cinco Estrellas, Bruguera.



Aquí, en estas páginas, no hay ficción. Se trata de una historia real, vivida hace unos años por un coronel americano y un grupo de ejecutivos de la compañía EDS, embarcados en la aventura de un rescate en el país de Jomeini. Una historia reciente que comenzó el 5 de diciembre de 1978. El final de la misma fue un juicio con fallo absolutivo. El autor reconoce en una introducción las licencias que se vio obligado a utilizar: la primera es, obviamente, la del cambio de nombres de bastantes de los personajes que intervienen en la aventura, para evitar represalias contra ellos. La segunda, también obvia, radica en que, aun cuando los hechos son reales, la reconstrucción entraña el cambio de los diálogos, naturalmente no conservados más que en la memoria. El libro se lee con interés, aunque se detecte quizá un racismo de fondo.

De Pitágoras a Newton

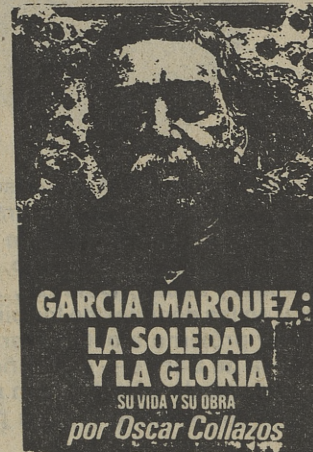
«La matemática: de Pitágoras a Newton», de Lucio Lombardo Radice, Ed. Lata.



Es curiosa la presentación que el teórico comunista italiano Lucio Lombardo Radice hace de las matemáticas. Recuerda que hace dos mil trescientos años Euclides escribió los «Elementos», libro que, después de la Biblia y las obras de Lenin, ha sido el que ha tenido más ediciones y traducido a más lenguas. Parece que Ptolomeo, el faraón, se cansó en seguida y le pidió alguna vía más corta y menos trabajosa; pero, según Euclides, «en matemáticas no hay caminos reales». Radice sostiene ahora que «para entender la matemática hay que hacer funcionar el cerebro, y esto siempre supone algún esfuerzo». No hay la posibilidad de reducir el material a un «tebeo»; no es posible transformar su historia en una novelita. El que tenga la mente perezosa —según Radice— ni siquiera debe empezar a leer. Y recomienda que el que empiece lo haga con papel y lápiz para repetir los cálculos.

El verdadero García Márquez

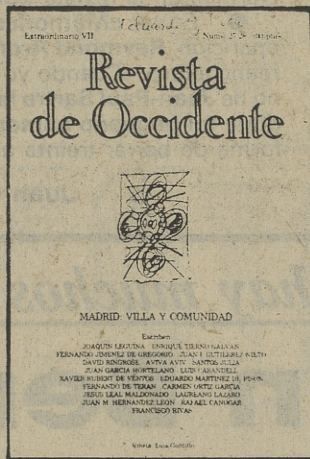
«La soledad y la gloria», de Oscar Collazos; Plaza-Janés.



Oscar Collazos es un escritor colombiano residente en España que viajó por medio mundo, trabajó en el departamento de investigaciones literarias de la Casa de las Américas, de La Habana, durante dos años, y que ha publicado novelas y libros de cuentos. Ha ganado premios, ha obtenido becas, ha publicado en varias editoriales españolas. Ahora, Plaza-Janés publica un libro de Collazos sobre García Márquez, «La soledad y la gloria», que constituye un estudio transparente sobre la vida y la obra del reciente premio Nobel. Oscar Collazos, escritor de excelente estilo, trata de llegar con este libro a un ancho público. Se trata de facilitar el acceso a la obra de García Márquez a sus numerosos lectores, vinculando los hechos más notables de su vida con su extensa producción novelística.

¿Existe Madrid?

«Revista de Occidente», números 27 y 28. «Madrid: villa y comunidad».



Otro número monográfico de la «Revista de Occidente», éste de ahora dedicado a «Madrid: villa y comunidad». En la nueva era histórica del Estado de las autonomías Madrid ya cuenta con la suya. Pero ¿qué es Madrid? Más de una vez nos hemos referido aquí a la pregunta hecha por los sociólogos y antropólogos convocados hace dos o tres años por la Diputación para analizar desde diversos ángulos la realidad madrileña, con el fin de encontrar su definición. La conclusión de esta serie de investigaciones fue, poco más o menos, que Madrid no existía. Ahora les toca hablar a los escritores y a los políticos, y aquí tenemos trabajos de Leguina, de Tierno, de Fernández de Gregorio, de Santos Juliá, de García Hortela —quien nos ofrece una hermosa evocación de la guerra en «La capital del mundo»—, de Carandell, de Rubert de Ventós, etc. Un número de excepcional interés.

Tres mil años atrás

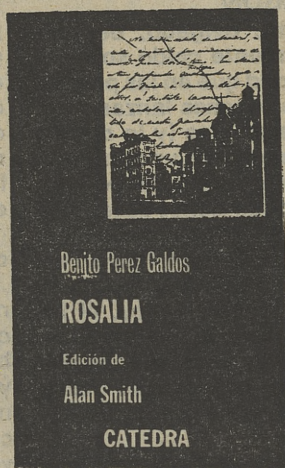
«La vida cotidiana en el Egipto de los faraones», de Pierre Montet; Argos Vergara.



Profesor de la Universidad de Estrasburgo, y después del Colegio de Francia, Pierre Montet es uno de los especialistas más importantes del siglo en materia de egiptología, y a él se deben descubrimientos revolucionarios en sus investigaciones en el Líbano y en Egipto, especialmente las relativas a la XXI dinastía. Aunque se poseen documentos de hace tres mil años, Montet prefiere reconstruir la vida cotidiana del Egipto del período de los Seti y los Ramsés. Nos devuelve el autor la realidad cotidiana de los egipcios, sus relaciones y costumbres, las formas de la vida conyugal, el culto a los dioses y a los muertos, la cultura del trigo, las formas familiares, los días fastos y nefastos, los funerales, el ejercicio de la piedad, la infidelidad, las guerras, la introducción del gato en las casas en el Medio Imperio, etc. Un buen libro.

Misteriosa novela inédita

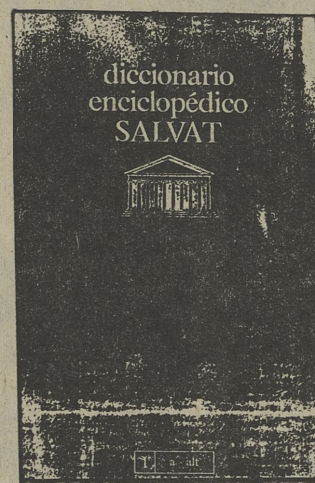
«Rosalía», de Benito Pérez Galdós, presentada por Alan Smith, Ed. Catedra.



¿Es posible hoy descubrir una extensa novela inédita del prolífico Pérez Galdós? Alan Smith les responde afirmativamente con la publicación de «Rosalia», título debido al propio descubridor, puesto que al original le faltaba la primera cuartilla. Parece ser que en el otoño de 1979, mientras examinaba los manuscritos de Galdós custodiados en la Biblioteca Nacional, Smith se topó en el revés de una cuartilla con un relato cuyos personajes no figuraban en ninguna novela de Galdós. Prosiguió su investigación, y de este modo dio con 695 cuartillas en el reverso del manuscrito de la segunda serie de los «Episodios nacionales». Smith ha reconstruido una novela rigurosamente inédita, ante las dudas de eruditos y especialistas, y aquí nos la ha puesto de nuevo en pie. He aquí, pues, una obra para la polémica.

Una renovación

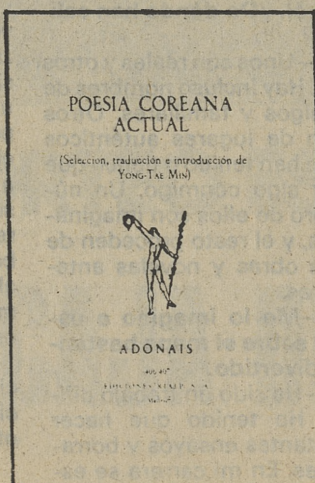
Diccionario Enciclopédico Salvat, tomos I y II; Ediciones Salvat.



Como un intento de renovación de los diccionarios culturales habituales, presenta Salvat su recién nacida colección, de la que aparecerá un número cada quince días, completándose en el otoño de 1984. La editorial ha puesto al servicio de este proyecto la experiencia de cien años. «Eencialmente —explican— es una obra de consulta. Las llamadas que el mundo político, económico, histórico, científico, literario hacen a nuestra puerta nos obligan a refrescar la memoria, a aprender, a perfeccionarnos... La cultura y la información son derechos y, a la vez, exigencias del hombre de hoy.» Las bases del proyecto se expresan con claridad en su introducción: «La historia humana se caracteriza esencialmente por el progresivo dominio de la naturaleza. El Diccionario Enciclopédico presenta los hallazgos del lenguaje, las artes y las ciencias...»

Los poetas coreanos

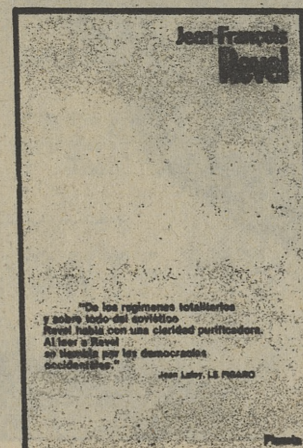
«Poesía coreana actual», selección, traducción e introducción de Yong-Tae Min, Adonais.



La colección Adonais sigue ofreciéndonos anchas panorámicas de la poesía de otros países. Ahora ha llegado en esta empresa hasta el Lejano Oriente, donde nos descubre —concretamente, en Corea— la existencia de una poesía viva de extraordinaria riqueza. Treinta y un autores están representados en este libro. Su obra se nos presenta como fundada en una «cosmovisión donde lo mágico se une a lo directo, pues toda la lírica de Corea no es sino la naturaleza misma trasplantada al plano del sentimiento...» El antólogo nos presenta los diversos movimientos poéticos de este siglo, desde el simbolista-romántico, en el primer cuarto de la centuria, hasta la estética vanguardista, que sitúa en 1950. Señala que en los sesenta hubo un brote de poesía social, aunque hoy se ha recobrado ya la antigua tradición.

Un debate sobre la democracia

«Cómo terminan las democracias», de Jean François Revel, Ed. Planeta.



Jean François Revel se ha pasado a la política. A una política militante, agresiva, más que crítica o analfética. Para Revel, las democracias anidan en su seno a sus propios enemigos, lo cual es verdad. Pero el planteamiento de Revel es partidista. ¿Cuáles son los enemigos de la democracia?, se pregunta Revel. Y se contesta sin ninguna reserva: los comunistas. Toma de posición apriorística e irracional. Los comunistas trajeron la democracia a Francia y a Italia tras la guerra contra el fascismo, enemigo real y probado de la democracia. Los comunistas lucharon por la democracia en España y contribuyeron a consolidarla. Revel, que siempre mantuvo su «cruzada», la intensifica ahora, cuando en el sur de Europa tienen el Poder los partidos socialistas. Todo se comprende. Sobre todo lo que dice Revel y para qué lo dice.

La narración original de una de las mejores películas de todos los tiempos



A J. M. Alonso Ibarrola, su introductor en España y conocido humorista y narrador, y a la editorial Espiral, que publicará la versión española, debemos la autorización para publicar la narración de «Milagro en Milán», guión de Zavattini y realización de Vittorio de Sica, película clave para comprender el nuevo cine de la posguerra. El guión es, también, una narración llena de gracia y de frescura, un cuento delicioso, amargo y tierno a la vez.

«Milagro en Milán»

Por Cesare Zavattini

ERASE una vez en Milán una señora muy buena que se llamaba Lolotta y tenía ochenta años. Una mañana encontró en su huertecillo, debajo de una col, un niño recién nacido, al que puso Totó.

Los dos vivían felices y, a menudo, cuando la leche hervía en el puchero, se embesaban viéndola subir como una gran nube que hacía humo y silbidos, y corría hacia el suelo, formando allí un reguero que parecía un largo río atravesando la tierra infinita. La señora Lolotta y Totó decían entonces: «¡Qué grande es la tierra; hay sitio para todos!»

Un día la señora Lolotta enfermó gravemente. Estaban solos en la habitación y ella preguntaba a Totó: «¿Seis por seis?» Y como Totó contestaba que treinta y seis, ella pudo morir tranquila. Cuando vinieron los médicos, uno decía colitis, y el otro pulmonía. El más fuerte levantó la voz y el otro no se atrevió a contradecirlo más.

Dos días después, el entierro de la señora Lolotta atravesaba la ciudad. Era una carroza tirada por un caballo y Totó la seguía. De pronto, tras la carroza se colocó también un ladrón para escapar a los guardias y fingía llorar, pero a la primera bocacalle abandonó el entierro y marchó a sus asuntos.

Totó fue internado en un orfanato. A los veinte años salió de él. «Buenos días», decía a los transeúntes. «Quiero verdaderamente darles los buenos días», explicaba a los que le miraban escamados.

Vio unos obreros que se fatigaban grandemente al trasladar raíles de tranvía y prestó ayuda. Luego preguntó si había trabajo. El capataz dijo que no. Vagaba por la ciudad con su maletín y, a la noche, se detuvo a la puerta de un gran teatro. Los ricos entraban, luciendo como diamantes. Totó, entusiasmado, se puso a aplaudir. Mientras, un tal Alfredo le sustrajo el maletín y huyó. Totó se dio cuenta y lo persiguió largo tiempo, sin atreverse a detenerlo. Al fin, tuvo valor para hacerlo, y Alfredo se mostró encaprichado con el maletín y muy triste de tener que devolverlo. Totó le regaló el maletín y se hicieron verdaderos amigos. Como ya era muy tarde, Alfredo lo invitó a dormir en su cabaña.

La cabaña de Alfredo estaba en un gran descampado, a las afueras de la ciudad, entre la niebla. Por allí cerca pasaba el tren. Había media docena de chozas, a cual más baja, y los pobres que vivían en ellas no podían estar de pie, sino tan sólo agachados, como los perros. Tenían frío y esperaban el sol para calentarse. Aquella mañana, en cuanto un rayo de sol horadó la niebla, dibujando un blanco círculo sobre la tierra, todos los pobres y también Totó y Alfredo corrieron a calentarse en aquel círculo de sol. De pronto, desapareció el rayo y reapareció en seguida en otra parte del campo, y todos corrieron a buscarlo, disputándose el sitio como en el tranvía. Más tarde, el viento arrancó los techos de las chozas y los pobres asomaban en sus cabañas, de la cintura para arriba. El viento estuvo a punto de llevarse incluso a un niño y Totó aconsejó entonces a los pobres que hiciesen cabañas más sólidas.

Vinieron las nieves y los pobres aumentaron, y Totó se preocupaba de todos. Las cabañas llegaron al centenar y nacieron calles. Las calles no se llamaban con nombre, sino calle «siete por siete cuarenta y nueve» o «cinco por cinco veinticinco». No había otra manera de enseñar a los niños de los pobres la tabla de multiplicar, que Totó había aprendido con la señora Lolotta.

Llegó hasta una chica de unos quince años, que le llamaba Edvigis, y tan pobre, que era criada de pobres; un tal José y Marta, su esposa. Edvigis echó, sin querer, un cubo de agua sobre las ropas de Totó, y como Marta quisiese despedirla por ello, Totó se echó encima otro cubo de agua para defender a Edvigis ante Marta, haciendo ver que el agua le gustaba mucho.

Entre los habitantes del campamento había un tal Arturo que, a menudo, quería suicidarse porque no gustaba a las mujeres, y acaso por esto miraba siempre a una estatua de yeso que había en medio de la plaza y que representaba a una linda doncella. También estaba Rappi, soberbio y malo. Se creía el mejor porque gastaba cepillo de dientes; tenía un tirador y tiraba piedras a los gorriones y a las palomas. Cayetano enseñaba a su hijo de tres años a detener a los transeúntes para decirles «tengo hambre», y todos se reían al verlo ensayar delante la choza. También había un cojo y otro con la boca torcida, y otro que sufría por ser bajito. Totó se encogía sobre las rodillas para parecer bajo, cuando pasaba por la choza del bajo, y se hacía el cojo, cuando veía al cojo, o torcía la boca si se topaba con el de la boca torcida. Un día se les encontró a los tres al mismo tiempo. Julio vendía globos y un día los globos se lo llevaron de puro flaco; pero Totó le puso pan en la boca y sus pies volvieron al suelo.

Una mañana llegaron de la ciudad ocho automóviles: cuatro por un lado y cuatro por el otro. De los dos coches de cabeza se apearon varios señores con sombreros de copa. Parecía un duelo, y, en cambio, eran el señor Mobbi y el señor Brambi con sus séquitos. Brambi quería vender a Mobbi aquel terreno; decía veinte y Mobbi, diez; Brambi que diecinueve y Mobbi que once, y conforme se iban aproximando a una misma cifra, los pobres entendieron que los iban a echar. Tan sólo Totó decía que no podía ser cierto. El frío era mucho y de las bocas de los pobres salían nubecitas al respirar, parecía que estaban fumando. Fuman se decía Mobbi, como para decir que al fin y al cabo no les faltaba lo superfluo.

Cuando Mobbi vio a los pobres que se le acercaban amenazadores, se asustó e improvisó un discurso; dijo que una nariz era siempre una nariz y que él también tenía frío porque estaba hecho de lo

mismo que ellos. Los pobres aplaudieron y Mobbi acabó diciendo que era injusto que Brambi los echase de allí. Retrocedieron de espaldas a su coche, distribuyó entre los pobres tarjetas de visita y los pobres gritaron: ¡Viva Mobbi!, ¡muera Brambi!, mientras los coches se alejaban a la ciudad y Mobbi se secaba el sudor del susto que había pasado.

Vino la primavera y Totó inauguró el campamento con una gran fiesta y una lotería, cuyo premio era un pollo asado. Le tocó al noventa, y Rappi, que tenía el ochenta y nueve, pretendía tener dercho a un muslo del pollo. Aquel día la mujer de Jose cobraba una lira a cada pobre que quisiera presenciar la puesta de sol. Los pobres se levantaron sobre la punta de los pies y se subían a las sillas para apurar hasta el último guiño del sol que se ponía. Otros pobres, en cambio, iban donde José para que los consolase. Había levantado un tenderete, al efecto, en el campo de la fiesta. Y los miraba a la cara y les decía que eran guapos, buenos e inteligentes y que podían picar muy alto. «Tú llegarás», decía, y también «cien liras», que era lo que costaba aquella diversión.

Entre tanto, otros levantaban el palo de las cucañas y los niños encendían bengalas pequeñas. Un negro y una blanca se miraron durante la fiesta; pero el negro, por el color de su cara, no tenía valor para arrimarse a la chica.

Todos cantaban y de pronto se oyó un grito: «¡El agua, el agua!» Al hincar el palo de la cucaña había brotado del suelo un enorme surtidor. Antes no había agua y ahora la había; en vista de ello los pobres hicieron pancartas, en las que ponía: «Viva el agua», para organizar una manifestación.

Pero en seguida se dieron cuenta de que el agua era petróleo. Hasta el punto de que bastaba hacer un hoyo con el dedo para que brotase petróleo de la tierra, en un hermoso chorrito. Lo usaban para calentarse y quitarse las manchas de la ropa. Totó y Edvigis estaban de lo más contentos, y conforme se columpiaban, como bolitas de celuloide en la punta de los surtidores, entendieron que se querían.

Tan sólo Rappi sufría, pensando en el abrigo y el sombrero de copa del señor Mobbi. Hubiera hecho cualquier cosa con tal de tenerlos. En efecto, en cuanto bajó la noche se alejó hacia la ciudad

cautelosamente, mientras sus compañeros cantaban:

Nos basta una cabaña para poder vivir; y un pedazo de tierra para poder morir. Dadnos unos zapatos, calcetines y pan; con esto, en el mañana podremos esperar.

Rappi iba en busca de Mobbi para decirle que comprase el terreno a Brambi en seguida, por que se había descubierto petróleo.

Al día siguiente, Totó se levantó de madrugada para poner una flor en la ventana de Edvigis. Aún no había terminado de colocarla, cuando la ventana se abrió y se cerró en un instante y una mano se había llevado para adentro la flor. Acaso Edvigis lo había estado esperando durante toda la noche. Los trenes pasaban; a lo lejos se veían los altos edificios de la ciudad y brillaban al sol las puntas de los surtidores de petróleo. Arturo estuvo de nuevo a punto de arrojarle el tren y Totó le explicaba que la vida es hermosa. Pasó Edvigis con unas pantuflas que hacían siempre ruido y la avergonzaban; en cuanto vio a Totó se puso a andar sobre la hierba como un gorrion. Totó le llevó hasta la casa dos cubos de agua. Estaba muy contento, cuando apareció Rappi que volvía con un sombrero de copa en la cabeza y un abrigo con cuello de piel. Tras de Rappi, aparecieron hombres y guardias que escribían por todas partes grandes letras: «Propiedad Mobbi». También dijeron que había que desalojar el campamento dentro de las veinticuatro horas.

Todos los pobres se armaron de garrotes, a excepción de Totó, el cual seguía convencido de que no podía ser cierto aquello. Los guardias y los hombres de Mobbi huyeron perseguidos por los pobres. También Totó lo seguía, pero para decirles que nadie tenía intenciones de hacerles el más mínimo daño.

Corre que te corre llegaron a la misma puerta del palacio de Mobbi. Esperaos un momento, decían los porteros, teniendo los a raya, mientras Mobbi reunía consejo para deliberar.

Cuando entraron, Mobbi les ofreció té, después de preguntarles si eran verdaderamente los jefes del campamento. Cayetano contestó que sí. Sonó un mugido y todos se asustaron. Era una vaca. Mobbi tenía siempre una vaca consigo, porque hay que ser prevenidos por si viene la guerra y con leche se puede sobrevivir. Mobbi no hablaba y miraba a los pobres; cualquiera sabe lo que estaría esperando. Preguntó a un criado por el tiempo que hacía y el criado abrió la ventana; descolgó de un gancho a otro criado muy pequeño que estaba siempre colgado a la intemperie y éste dijo que estaba algo húmedo. Mobbi se puso la bufanda. Luego, cuando uno de los suyos le hubo dicho que ya habían salido para el campamento gran número de guardias, Mobbi dijo a Totó: «Os podéis retirar.»

Totó y los suyos se marcharon tranquilizados, ya que Mobbi los había despedido con palmaditas en la espalda. Pero cuando avistaron el campamento se sobresaltaron; los guardias estaban echando a los pobres. Habían formado ya una larga caravana con sus enseres a las costillas. Totó perdió esta vez la paciencia y formó en seguida barricadas. Y comoquiera que ya no había más que poner sobre las barricadas, Edvigis se echó encima de ellas, rígida como un palo. Alfredo, por su parte, sacrificó el maletín.

(Continuará)



Una escena de «Milagro en Milán»

Memorias e invenciones / Memorias e invenciones / Memorias e invenciones

La moda de otoño

A. SABUGO ABRIL

LOS famosos, héroes de tachuela de esta era sin gloria, quieren dejar escrita y atada su vida, antes de morir, en el gusto de la letra impresa. Así esperan eternizarse en la memoria de sus amigos y enemigos, con el discurso continuo, y el monólogo incesante. Escribir para ellos, es hablar ante el magnetófono. (Un entrevistador domesticado que no pregunta, que graba y calla.) Hablan para el aire, a nadie, y a ellos mismos, en sesiones continuas; en un sofá y bajo la sombra protectora del psiquiatra. Múltiples cintas magnéticas, quinientas páginas de palabras, es más que una vida incompleta. Es el juego de la repetición y el placer de inventar un libro con los agujeros negros de una existencia. De una nada, inventarse un película.

¿Quién no publica un libro, uno al menos en su vida? El que no tiene dinero o le importa un bledo la literatura. Todos los demás, poetas o políticos, actrices o sofistas, vendedores o pacifistas, engañosos o revolucionarios, aspiran a perpetuar su vida, a alargarla hasta el aburrimiento en miles de renglones de letra impresa. Y eso sin contar a los escritores, verdaderos o falsos, que tal vez no publiquen por ahorro de energía o porque no encuentran editores. Los famosos hablan mucho ante magnetófonos, periódicos, revistas, televisión, videos. Seguro que no escriben, pero publican. Su vida o sus engaños; sus risas, sus jaquecas. Sus oros; muchas victorias y pocos fracasos. Los amores; los escándalos. Los regalos al Patrimonio Nacional. Sus almuerzos, saraos y cacerías. Vestidos y viajes. Los besos con gente importante; las recepciones. Inventos y mixtificaciones. Lecturas preferidas; platos y vinos. Depresiones. Risas, suspiros, susurros. Nombres y alusiones.

La segunda vida de los famosos es un rollo de muchas cintas, antes vírgenes, soldadas, manipuladas. Un libro de tomo y lomo. (Los hay de hasta mil páginas para contar las mil y una noches o los trescientos sesenta y cinco días de viaje submarino en el interior de una botella.) La segunda vida, es siempre de colores en las tapas del libro. (Sólo los poetas hablan de sus

fracasos y caídas; por eso no les leen.) Los famosos son triunfadores, vividores, no murientes como los poetas. No escriben con tinta; hablan melodiosamente, ayudados con yemas de Santa Teresa y pastillas de menta; siempre firman con champán, libros y letras de burbujas.

Los famosos escriben (digo, hablan), sin malicia. Lo



hacen sin necesidad. Son vanidosos y les gusta figurar. Ahora la moda de otoño se lleva en libro, cuarto creciente; pues allí están ellos como quien se prueba un traje, un vestido o asiste al baile de las condesas. Este año se llevan las memorias largas, interesantísimas y cachondas. Dicen que se venden. ¿Será verdad? Algunos descubren una nueva mina en las entretelas del camerino, en el espacio maquiavélico de un despacho, en el disparadero amoroso de un teléfono o en unas cartas jamás escritas.

En estos días, Madrid es una fiesta de memorias y olvidos imperdonables. Cada cual saca sus chismes de los sótanos y las buhardillas; se sienta en un café, o ante la camilla de su casa; habla o dicta; teje y teje. Madrid es una gran alfombra, de Cibeles y la Castellana; el felpudo de los teatros, el tapiz de la Gran Vía. Se puede andar un año entero entre las memorias, pisar chismes y enredos, oír los altavoces de compromisos y traiciones anunciadas; escuchar el aleteo de besos que pasan y avisos que llegan. La literatura se convierte en una plaza pública. Todo se vende o se adquiere. Se intercambia. El amor, la honestidad, la libertad, también son mercancías de pago en la cesta de la compra.

Se dice, se cuenta. Memorias, bulos. Las infrahistorias nacionales invaden a la historia verdadera, la despojan de su esencia y la visten de colores, chistes, enredos, declaraciones. Se anuncian como un escándalo; un grito, que conmueve a la sociedad pacata, que despierta a las gentes aburridas.

Un público curioso de novedades, compra ciertos libros. (Los llaman así porque están encuadernados, no para leer, sino para escuchar los gritos y susurros; la voz del amo-ídolo, que manda; la estrella que enseña; el seductor que se lleva de calle a las ingenuas.) Las memorias se convierten así en un poder: una canción o un látigo; una voz felpuda, de noche, o una máxima de triunfo. Los famosos se ganan su inmortalidad a consta de la buena fe de las gentes. Una inmortalidad de papel, una escritura que nunca fue escrita. Palabras, sólo palabras. Esperan que duren mucho. Tanto como la moda de otoño.

Juan Benet

(Viene de la 1.ª)

—La economía está dictada por un objetivo que nunca se tiene demasiado claro. He hecho unos retratos imprescindibles para dibujar el carácter de los personajes, porque protagonistas no hay. Lo único claro es que la obra en su conjunto desarrolla un preámbulo —que es este libro—, una ofensiva y el desastre final. Pero es un libro abierto, no quiero limitarme; puedo hacer varios libros. Sé sus líneas generales nada más y las ramificaciones serán según vayan saliendo. En la segunda parte, en la que estoy trabajando ahora, una disgregación como la que usted menciona, lleva a una historia familiar del siglo XIX. En esta segunda parte he remitido esta guerra a la guerra carlista. Si puedo, sobre este mismo tronco, escribiré un libro por año.

—¿Tal vez se va a dedicar a escribir solamente?

—Mi profesión es la de ingeniero, que es una profesión que me divierte enormemente. Empecé a escribir en los ratos libres, que tenía muchos cuando, por ejemplo, hay que salir al campo. Llenaba mis ratos de ocio escribiendo, y luego esa actividad ha ido cre-

ciendo, pero nunca dejaré de ser ingeniero.

—Tener ratos libros no me parece suficiente argumento, otros se dedican a montar barquitos.

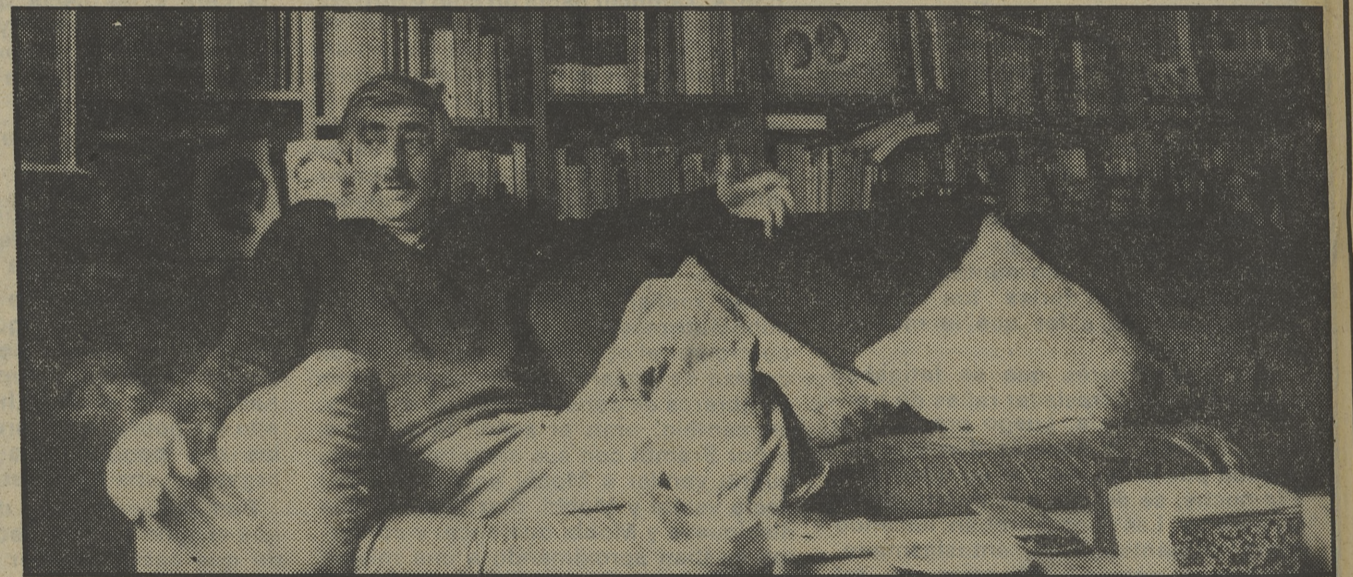
—Yo también lo he hecho, pero tengo muy mala mano para eso. La verdad es que estoy escribiendo desde que soy estudiante, pero tenía vergüenza de publicar; cuando me pareció que había escrito una cosa digna lo publiqué. Exito de público nunca he tenido, es la primera vez que tantos periodistas se interesan por mí. Lo único de cierto éxito —más bien económico— que había tenido es ser finalista del premio Planeta.

—Por cierto, ¿qué llevó a un escritor como Benet a presentarse al planeta?

—Yo recibí una oferta subterránea de Planeta, un contrato en unas condiciones en las que sabía que iba a ser, al menos, finalista. Nunca me habían hecho una oferta tan sustanciosa, y no encontré ninguna razón para decir que no.

La guerra civil de Benet

En las primeras páginas del libro he tenido la impre-



sión de que la visión de Benet sobre la guerra civil es un poco como la de un águila sobre el campo: capaz de ver el panorama de una sola mirada y de encontrar, a su vez, el ratón más pequeño. Una guerra vista desde arriba. A él le parece exagerada mi impresión:

—Quizá, yo esto no lo sé bien. Hay una doctrina político-estratégica. Siempre me he preguntado por los puntos de vista militares. Lo he hablado con amigos; Dionisio Ridruejo me esclareció muchas cosas. Luego yo he logrado mis ideas propias de cómo se desarrolló el conflicto en toda su generalidad.

● «Si puedo, sobre este mismo tronco escribiré un libro por año»

—¿Cómo vivió realmente la guerra?

—Tenía ocho años cuando comenzó y once cuando terminó. Viví las vicisitudes de una familia que pasó la guerra en las dos zonas. En una zona estuve interno en un colegio, y en la otra, refugiado en un piso. A esa edad todo se vive muy intensamente. La mayor par-

te de mis conocimientos sobre el tema se debe a los libros. La bibliografía de la guerra civil es extensísima, hay más de veinte mil títulos entre biografías, artículos, memorias. Estoy seguro que sólo en novelas pasan de un millar; reconozco que no he sido muy original a la hora de escoger el tema.

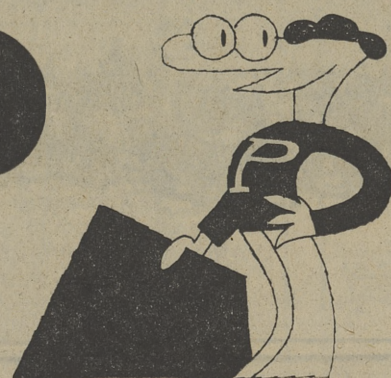
—La figura de el Jefe no sale muy bien parada...

—No es sólo el Jefe, en realidad es el Mando. Reconozco un tratamiento brutal de esa figura, pero yo tenía que saldar con él —por cuestiones personales y familiares— una dura cuenta, y lo he hecho.

La educada distancia que Benet había introducido entre los dos al comenzar la charla ha desaparecido («No hay prisa, esté el tiempo que crea necesario») y nos prometemos una entrevista reposada para otra ocasión. En espera de que salga el segundo tomo, reclamado ya por los que hemos leído esta primera parte fascinante y seductora.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



Coordinado por Manuel F. MOLES